

esta señal de buen agüero: echaban al animal agua en la oreja. ⁽¹⁾ En esto obraban con más economía y con más seguridad que los romanos, que les ganaban en piedad, pero al mismo tiempo daban muy grandes muestras de falta de reflexión. Predicando San Pablo ante el Areópago de Atenas, no pudo dejar de decir á sus oyentes: «Atenienses, en todas las cosas os veo como más supersticiosos, porque, pasando y viendo vuestros simulacros, hallé también un ara en que estaba escrito: *Al Dios no conocido*». ⁽²⁾ No considerando más que el exterior, era muy merecida aquella censura; pero, salvo algunos corazones muy nobles, no alcanzaba al espíritu de la Religión misma.

«Á pesar de reconocer las numerosas y excelentes cualidades morales de los griegos, dice un sincero, pero justo panegirista de la antigüedad, difícilmente se atreverán sus admiradores, ni aun los más entusiastas, á adjudicarles la moralidad en toda su plenitud. No les negamos nosotros el dictado de pueblo verdaderamente religioso, pero admitimos, por lo mismo, que su religión fué completamente inmoral, no teniendo fuerza para ejercer siquiera influencia favorable y purificadora en la conducta moral de su vida. Y esto no debe extrañarnos. No podía tener tal fuerza su religión, porque desde un principio no se le dió tal dirección; y no podía exigirla, porque le era imposible renegar de su origen. Es evidentísimo que tenía muchos elementos que, lejos de estar basados en algún principio moral, podían y debían hasta excitar y favorecer la inmoralidad. Es cierto que muchos pensaban y obraban moralmente por sí mismos, y trataban de enseñar la moralidad á otros; pero no había enseñanza religiosa que favoreciese sus esfuerzos. La mayor parte de las ceremonias del culto no se basaban en ideas morales; eran, por consiguiente, incapaces de darles origen. De aquí que, á pesar

(1) Schoemann, *Griech. Alterth.*, II, 198, 212. Hermann, *Gottesdienstl. Alterth., der Griechen*, (2) II, 165.

(2) Hechos Apostólicos, XVII, 22, 23.

de los esfuerzos que hicieron, fueron impotentes los mejores y más esclarecidos genios para detener la decadencia moral del Paganismo». ⁽¹⁾

Como consecuencia necesaria resultó de aquí el rebajamiento que de siglo en siglo se iba produciendo en la moral de la antigüedad; subía la cultura exterior al mismo tiempo que descendía la interior. Se hacía más poderoso el Estado y más débil el hombre. En fin, llegó éste á perder la fe en sí mismo y la aptitud personal para producir bien alguno. Surgió entonces aquel estado que presenta con las siguientes pinceladas un gran conocedor de la antigüedad: «Abandonáronse á la disolución para cometer con insaciable ardor toda suerte de impurezas, porque llegaron hasta dudar de sí mismos». ⁽²⁾

Sólo al fin del segundo siglo después de Jesucristo, encontramos por primera vez en el Paganismo fuerte tendencia á la vida interior. Forma tan gran contraste con la historia secular de éste, que sólo su aparición es ya prueba suficiente para atestiguar la influencia que ejercían en las esferas paganas las ideas cristianas. Pero no produjeron efecto alguno. Había hecho ya su papel el Paganismo, y tocaban á su fin sus días. Además, como lo hemos visto con tantos ejemplos, la filosofía pagana había tomado aquellos pensamientos del Cristianismo, pero los había comprendido é interpretado tan mal, que puede considerarse como una felicidad que no ejercieran casi ninguna influencia. Hablaremos de esto más tarde.

4. También la vida moderna es completamente exterior.—Sin embargo, nadie debe pensar que queramos parecer parciales, echando toda la culpa á la antigüedad. Guárdenos Dios de tamaña injusticia. Conocemos otros que quizá en esta materia no hayan cometido faltas tan grandes como los antiguos, pero cuya culpabilidad es seguramente mayor; cuéntanse por millares, y viven entre nosotros.

(1) Schoemann, *Griech. Alterth.*, II, 116 y sig., I, 113 y sig. Nægelsbach, *Homer. Theologie* (1) 182 y sig., 192 y sig., 199.

(2) Efesos, IV, 19.

Podían excusarse en cierto modo los paganos con su religión, que los hacía completamente extraños á sí mismos. Su mayor falta estuvo en haber desfigurado lo que el hombre tiene de más santo sobre la tierra: el culto de Dios. Pero las generaciones posteriores que habían heredado de su padres una religión tan corrompida, sin más objeto que las cosas exteriores, á las que las arrastraba, podían alegar como excusa que eran ellas mejores que su Religión, y que si no hallaban camino para lo interior, lo debían á su Religión. Pero, ¿qué excusa podrán alegar aquellos que constantemente oyen estas palabras que les dirige el Cristianismo? «Andemos también por el espíritu». ⁽¹⁾ «De qué sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma». ⁽²⁾ «Nada es todo el brillo exterior, sino el hombre interior del corazón, en incorruptibilidad de un espíritu pacífico y modesto que es rico delante de Dios». ⁽³⁾ «Lo que sale por la boca procede del corazón, y eso es lo que hace al hombre impuro». ⁽⁴⁾ «Obedeced en todas las cosas á vuestros señores temporales, no sirviendo al ojo, como para agradar á hombres, sino con sencillez de corazón, temiendo á Dios». ⁽⁵⁾ «De corazón se cree para justicia». ⁽⁶⁾ «La pureza debe estar en el corazón». ⁽⁷⁾ «La oración debe salir del corazón puro», ⁽⁸⁾ para que nos la tenga en cuenta el Señor. «El hombre ve lo exterior, mientras que Dios penetra los corazones». ⁽⁹⁾ «Dios no se satisface con palabras vanas y con la sola buena voluntad», ⁽¹⁰⁾ sino que exige toda la seriedad posible, y según esto «examina los riñones y los corazones», ⁽¹¹⁾ porque «el

(1) Gálatas, V, 25.

(2) S. Mateo, XVI, 26.

(3) I S. Pedro, III, 4.

(4) Colosenses, III, 22. Efesos, VI, 5 y sig.

(5) S. Mateo, XV, 18.

(6) Romanos, X, 10.

(7) S. Mateo, V, 8.

(8) II Timoteo, II, 22.

(9) I Reyes, XVI, 7.

(10) S. Mateo, VII, 21.

(11) Jeremías, XI, 20. Romanos, VIII, 27. Tesalonicenses, II, 4.

objeto final de todo mandamiento no es la justicia exterior, sino la caridad que sale de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe perfecta». ⁽¹⁾

¿Hay uno siquiera entre nosotros que desde su juventud no haya aprendido estas enseñanzas? Pero ¿las practicamos todas? ¡Ojalá pudiéramos creerlo y afirmarlo con toda verdad!

Es cierto que el Cristianismo ha producido un cambio tal en el mundo, que lo exterior, á lo menos en la vida religiosa, no puede estar tan vacío como lo estaba entre los antiguos. Sin embargo, ese aspecto exterior constituye, aún hoy día, el fondo de la vida de cierto número de hombres, hasta el punto que podría creerse que jamás han oído una palabra acerca de su interior. Constituyen estos tales gran parte de nuestra sociedad, y se envanecen de ello, creyendo que forman la más sana y la mejor. Siempre fuera de sus casas, siempre fuera de sí mismos, siempre en visita, siempre revoloteando de placer en placer, de distracción en distracción, no se diferencian mucho en su vida del modo de vivir de los antiguos. Si por hábito ó porque lo exige la moda, practican algún ejercicio religioso, sólo está presente su cuerpo, su espíritu y su corazón no salen de la frívola agitación en que viven constantemente. Por el contrario, hay otros que hallan insostenible semejante vida. Pero, como los primeros, están muy distantes de sí mismos. Presa de una actividad puramente exterior, como consecuencia de sus ocupaciones ó de sus caprichos, no tienen ni tiempo ni gusto para pensar en sí, y mucho menos para entrar en sí mismos. Los negocios, la ciencia, la política, las obras de caridad, las reuniones y mil otros lazos, pequeños ó grandes, encadenan sus espíritus, de tal modo, que no conocen la grandeza de sus necesidades. Y es tanto más de sentir cuanto que no son enteramente malas las cosas en medio de las cuales se olvidan de sí mismos. ¡Desgraciados! tratan de que transija su alma con esas frívolas vanidades, pero no pueden en-

(1) I Timoteo, I, 5.

gañarse por mucho tiempo, ni dejar de ver que se engañan, porque es demasiado pequeño lo que ofrecen, y demasiado grande lo que ella exige. Sin embargo, la actividad, aunque simplemente terrestre, satisface siempre al hombre porque le permite cumplir con parte de sus obligaciones. De este modo puede engañarse fácilmente, creyendo que ha cumplido con su deber, cuando ha omitido la parte principal, los deberes para con su alma.

De ahí el fenómeno de que, cuando se trata de dar á conocer esta verdad decisiva, que es insuficiente la actividad de que se hace uso no teniendo cuidado con la propia perfección, cuesta más convencer á los que más se entregan á negocios terrenales. Pero cuanto menos animados y realizados están esos negocios por la vida interior, tanto más degenera esa vida en exterioridades vanas y mecánicas, que producen por fin, para los hombres de honor y para los ciudadanos del mundo, esa moral estrecha y racionalista, que hace que nuestras ideas modernas estén conformes en un todo con las ideas paganas. Parece que oímos á un niño de nuestra época, cuando predicaba Lucilio esta moral: «La virtud, Albino, consiste en poder apreciar en lo que valen las solitudes y los negocios de esta vida; la virtud del hombre consiste en saber el qué de cada cosa, en conocer lo que es recto, útil, honesto, bueno, malo, inútil, vergonzoso y deshonesto. La virtud consiste en saber fijar fin y término al deseo de amontonar, en saber apreciar verdaderamente las riquezas, en honrar lo que es digno de ser honrado, en ser enemigo público y privado de los hombres malos, y de las malas costumbres, y al contrario, defensor de los buenos hombres y de las costumbres buenas, glorificando á éstos, queriéndoles bien, y siendo sus amigos; en fin, en poner en primera fila los intereses de la patria, en segunda los de nuestros padres, y en tercer lugar los nuestros». (1)

5. El falso espiritualismo.—Ante tales medianías ya ha dado pruebas una vez más el Cristianismo de lo que es.

(1) Texto citado por Lactancio, *Inst.*, 6, 5.

Jamás se muestra más mesurado y sensato, que cuando ha de hacer lucir la verdad ante la obstinación de errores arraigados. Si hubiera sido una filosofía, como las doctrinas humanas, hubiera pensado que no podía arrancar al hombre esa al parecer indeleble tendencia hacia las cosas exteriores, sino empujándolo exageradamente en sentido opuesto. Hubiera formado entonces una doctrina semejante á la que forjaron el orgullo de los estoicos, el idealismo moderno, y la falsa piedad del Neo-Platonicismo, del Quietismo y del Budismo.

Cuando estaba para expirar el Paganismo, se ofreció con frecuencia esta doctrina con intención de curar el mal que sufría la antigüedad. «El hombre, enseña este otro extremo, se basta á sí mismo; él es él mismo, él solo existe, él es todo para sí; de nada tiene necesidad, ni de la humanidad, ni de sus semejantes, ni del mundo, ni de lo que ofrece el mundo. Todo lo que es sensible es malo, es nada. Sólo el espíritu tiene derecho á la existencia y el deber de ser independiente; nada debe ejercer influencia sobre él; no debe inquietarse por nada, ni entusiasmarse por nada, ni temer nada. Debe permanecer indiferente é insensible á todo. Puede pasarse sin nada; nada le hace falta y nada puede perder». (1) «Las cosas nada le dan; sólo él les da su importancia y su valor». (2) De nada se preocupa, porque nada hay digno de llamar su atención; ni su padre, ni sus hijos, ni sus hijas, ni la vida, ni la muerte». (3) «Está demasiado elevado para sentir necesidad de rebajarse, sea por lo que fuere; preocuparse con lo que le es exterior, sería profanar su grandeza; aun la vida común del cuerpo y del alma es mancha para esta última». «No es que se encuentre en ella la causa del pecado, sino que el principio primero de toda maldad está en la unión del alma con el cuerpo». (4) De ahí la razón del desprecio que el alma

(1) Marco-Aurelio, 10, 1. Epicteto, *Man.*, 19, 7. Plotin., I, 4, 4.

(2) Marco-Aurelio, 5, 19.

(3) Epicteto, *Man.*, 14, 1; *Diss.*, 1, 12, 23; 3, 3, 15. Plotin., 1, 4, 7, 8.

(4) Plotin., 1, 2, 3.

debe sentir por el cuerpo en cuanto le sea posible, y trabajar para apartarse de él en la misma medida. «Jamás se inquieta por lo que pueda hacer él; le abandona á sus bajas inclinaciones como á esclavo indigno de su solicitud». ⁽¹⁾ Sólo una cosa tiene presente: negarlo á él, lo mismo que al mundo, en esta existencia que nos aparece exteriormente.

De esta manera el Espiritualismo exagerado conduce al más brutal culto de los sentidos y á la verdadera filosofía del desorden. Y es tanto más condenable y tanto más peligrosa, cuanto que en ella, con una falsa teoría, ha encontrado el espíritu el medio más conveniente para rechazar, con una piedad hipócrita y con cierta distinción, toda responsabilidad en los placeres de la carne. Los permite al cuerpo, con el cómodo pretexto de que no tiene porqué inquietarse de esa prisión cenagosa é indigna de su elevación. Por eso se comprende fácilmente que en todas las épocas, los más bajos desórdenes hayan tratado de cubrirse con el manto de esa falsa doctrina tan espiritual en apariencia.

Sería largo enumerar todos los sistemas que han preconizado ese falso espiritualismo, comenzando por Epicteto y Marco Aurelio para llegar hasta Schopenhauer y Stirner. Aquí es el sistema de Plotino, más allá el de Molinos, y en el otro extremo de la tierra, el coro de indios despreciadores del mundo. Por esta larga lista se ve que el mundo sólo puede moverse en los extremos. Ó se sumerge por completo en las cosas exteriores, ó niega categóricamente que lo exterior tenga valor alguno para el hombre y que sea digno de su atención. Por una parte, se acusa al Cristianismo de haber llevado al hombre á la desesperación, prohibiéndole entregarse sin regla ni método á los goces de la vida exterior; ⁽²⁾ y hasta se tiene el atrevimiento de creer que lo volvería loco, si llegara á espiritualizarlo durante su vida. Y por otra, con el Protestan-

(1) Molinos, *Thes. damn.*, 24, 41-51, 55.

(2) Rückert, *Culturgeschichte des deutschen Volkes*, II, 322.

tismo á la cabeza, no se le puede acusar lo bastante de ser verdadera religión de la sensualidad, incapaz de concurrir á espiritualizar al hombre.

6. El Cristianismo une perfectamente lo interior con lo exterior.—Pero así como en otro tiempo pasó el Maestro á través de turbas de enemigos que le rodeaban, así también ha continuado su camino el Cristianismo, exento de errores, sin preocuparse por las alabanzas del mundo, ni por el descrédito en que pudiera vivir de parte de los hombres. Si manifiesta el mundo que se deja arrastrar de agitaciones exteriores, allí está él exhortándole á que entre en sí mismo. Si el orgullo y el amor á las comodidades creen poder romper con los deberes de la vida exterior, escúchase su voz para dar á conocer la verdadera realidad de las cosas exteriores.

Dice á unos: «Si no abundare vuestra justicia más que la de los escribas y la de los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos». ⁽¹⁾ «No hagáis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos». ⁽²⁾ «No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos. ⁽³⁾ Pero la voluntad de Dios es que seáis santos». ⁽⁴⁾ «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial». ⁽⁵⁾

Enseña á otros: «No son justos delante de Dios los que oyen la ley; más los hacedores de la ley serán justificados». ⁽⁶⁾ Sed, pues, hacedores de la palabra, y no oidores tan solamente, engañándoos á vosotros mismos; porque si alguno es oidor de la palabra y no hacedor, éste será comparado á un hombre que contempla en un espejo su rostro nativo, porque se consideró á sí mismo y se fué, y luego se olvidó cual haya sido. Y así como el cuerpo sin

(1) S. Mateo, V, 20.

(2) Íd., VI, 1.

(3) Íd., VII, 21.

(4) I Tesalonicenses, IV, 3.

(5) S. Mateo, V, 8.

(6) Romanos, II, 13.

el espíritu es muerto, así también es muerta la fe sin obras». ⁽¹⁾ «El que dice que conoce al Señor, y no guarda sus mandamientos, no tiene verdad en sí». ⁽²⁾

Y no es posible dudar, si se dirige sólo al espíritu, ó también á la parte sensible de nuestro ser. Aun más, nos enseña con las más grandes instancias, que hasta nuestra naturaleza exterior debe tender al servicio de Dios; en esto consiste el deber del alma de llevar también el cuerpo á Dios. Si desprecia esta obligación, omite uno de sus principales deberes, y se hace culpable. La sensibilidad en sí no es pecado, pero mancilla al alma, si le deja libre el camino en vez de dominarla. Por eso está escrito: «Andad en espíritu, y no cumpliréis los deseos de la carne». ⁽³⁾ «Ni ofrezcáis vuestros miembros al pecado por instrumentos de iniquidad, mas ofrecedlos á Dios, como resucitados de los muertos, y vuestros miembros á Dios como instrumentos de justicia, que así como, para maldad, ofrecisteis vuestros miembros que sirviesen á la inmundicia y á la iniquidad, así, para santificación, ofreced ahora vuestros miembros que sirvan á la justicia». ⁽⁴⁾ Juntas las dos especies de preceptos forman la verdadera y sola regla de conducta proporcionada á la naturaleza del hombre.

Cada una de estas dos opiniones que hemos encontrado enseñoreándose del mundo, desprecian sus deberes, porque no los conocen. Según la primera, para nada se tiene cuenta el espíritu; se atiende exclusivamente al exterior. La otra trata al hombre, como si no viviera en la carne, como si fuera un puro espíritu. Sólo el Cristianismo atiende al hombre todo entero. El hombre es ser sensible, pero no sólo ser sensible; habita en él un espíritu vivo que lo anima; en ese espíritu tiene origen toda actividad. Cuando desaparece, desaparecen con él la vida y el movimiento. Es, pues, necesario tener en cuenta la vida moral del hombre

(1) Santiago, I, 22; II, 26.

(2) I S. Juan, II, 4.

(3) Gálatas, V, 16.

(4) Romanos, VI, 13, 19.

lo mismo que la vida física. Por eso, no se excluye totalmente la actividad exterior; es hasta prueba de la vida interior. Donde ésta no se manifiesta exteriormente, nadie cree en su existencia interior; el movimiento exterior tiene su raíz en el interior, y no puede existir sino en tanto que le anima el espíritu interior de vida. De éste parte, de éste recibe el valor y la capacidad. Cuando desaparece, inmediatamente cesan la fuerza y la actividad del primero.

Se ve, pues, que, en esta materia, sólo nuestra Religión responde á la naturaleza íntegra. Exige obras y actividad; de otro modo no cree en nuestra vida. Pero exige también que las obras procedan del interior; por eso ha dicho en este mismo sentido: «Entre nosotros nada tiene tanto valor como la fe que obra por la caridad». ⁽¹⁾ «El amor es el cumplimiento de la ley». ⁽²⁾

He aquí la razón por la cual las enseñanzas que recibimos de nuestra Religión están en oposición completa con el mundo, en el cual la vida se rige por consideraciones exteriores y por la violencia del convencionalismo. «Así hablad y así haced, como que empezáis á ser juzgados por la ley de la libertad. Mas el que contemplare en la ley perfecta, que es la libertad, y perseverare en ella, siendo no oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en su hecho». ⁽³⁾ La ley cristiana no se contenta con decir «¡Señor!» «¡Señor!» Exige también que se manifieste por actos exteriores la buena voluntad, pero no les da importancia alguna, si son violentados, ó si no están en perfecta armonía con la convicción y el celo del corazón. «La carne no es nada; pero el espíritu vivifica». ⁽⁴⁾ Las obras deben ser expresión natural, libre, no forzada, del sentimiento interior, no teniendo valor á los ojos de la ley cristiana sino con esta condición. Y sucede

(1) Gálatas, V, 6.

(2) Romanos, XIII, 10.

(3) Santiago, II, 12; I, 25.

(4) S. Juan, VI, 64.